

NATAN SHARANSKY:

No hay sionismo sin judaísmo



Los comentarios de A.B. Yehoshua en la reciente conferencia del Comité Judío Americano previsiblemente provocaron una tormenta por ambos lados del océano. En Israel, la gente refutó que no era cierto que los israelíes están indiferentes al destino de la judería en la Diáspora [dispersión], y en Estados Unidos dijeron que si no fuese por su continua ayuda y sólido apoyo en beneficio de Israel, la nación no hubiese sobrevivido. Por ambas partes, la reacción fue paternalista como siempre. Conocemos lo que necesitan, y les ayudamos. Sin nosotros, ustedes no sobrevivirían.

Pero esos comentarios de Yehoshua respecto a la relación entre Israel y la Diáspora, irritantes de por sí, me molestaron menos que la manera en que describió su propia identidad: "Mi identidad es israelí," dijo él. "La religión judía nada tiene que ver con mi vida; es el territorio y el lenguaje lo que da forma a mi identidad."

Esa definición es una declaración de divorcio contra el pueblo judío, contra la herencia judía, contra 3,000 años de cultura, creatividad, oración, ritos, tradiciones y todo lo que se considera judaísmo, y demuestra una preferencia hacia la "nación" israelí, la que [aparentemente] "surgió del mar" solamente 100 años atrás. Para Yehoshua, y para muchos, muchos otros en Israel, lo único que importa, existe y es relevante desde la perspectiva judía es lo que ocurre aquí en Israel; todo fuera de Israel está obsoleto y su destino es la desaparición. Al declarar así, Yehoshua socava y debilita la justificación al Estado de Israel.

El debate interno que se da entre nosotros aquí [en Israel] en torno al asunto de las fronteras del país, y la discusión sobre la manera correcta de alcanzar la paz en esta región, deriva enteramente de nuestro reclamo de que el Estado de Israel tiene el derecho de existir —moralmente, legalmente e históricamente. Esa suposición está bajo constante cuestionamiento. La gente de Hamas trata de socavarla, al igual que muchos otros líderes en el mundo árabe y palestino. Y muchos intelectuales en el mundo occidental, quienes han adoptado el cuento árabe de que somos un vestigio anacrónico del antiguo colonialismo, también tratan de socavar dicho fundamento. Muchos otros en este mundo confrontamos esas fuerzas debilitantes con la creencia de que el pueblo judío tiene el derecho de tener un estado nacional en su antigua tierra ancestral. Podremos ganar esa lucha entre ambas perspectivas solamente si nosotros mismos, los que vivimos en Sión, creemos eso y sentimos de esa manera.

Los discípulos ultra-ortodoxos de Gaón en Vilna, quienes inmigraron a la Tierra de Israel durante el siglo 18, los socialistas sionistas a finales del siglo 19, y los judíos asimilados desde la Rusia soviética quienes lucharon por su derecho para inmigrar a finales del siglo 20, nada tuvieron en común respecto a su percepción de la tradición judía. Sin embargo, todos se vieron a sí mismos como partícipes en la realización de un mismo sueño antiguo, la tradicional oración judía por regresar a la Tierra de Israel. Todos se vieron a sí mismos como parte de un pueblo especial y de un proceso histórico singular en retornar a Sión. Esa creencia fue la fuente de su fuerza y su única garantía de éxito.

No existe sionismo sin judaísmo, y nunca lo ha existido. De la misma manera, el pueblo israelí nunca ha tenido derecho a la Tierra de Israel. Solamente lo tiene el pueblo judío. Fue el pueblo judío que recibió la Declaración de Balfour, y fue a éste que las Naciones Unidas cedió el derecho legal para establecer su estado. Fue el pueblo judío que regresó a su tierra ancestral, por la cual oraba y anhelaba durante 2,000 años. Si estamos hablando del "pueblo" israelí, ¿cómo sería mayor o igual el derecho de un pueblo que ha existido unos meros 100 años comparado con el derecho de los palestinos, quienes han estado en esta tierra por casi 300 años? ¿Qué es lo que realmente nos distingue de otros proyectos coloniales que han desaparecido de este mundo?

La discusión sobre nuestro derecho a la tierra, y la discordia entre nuestro cuento y el de ellos, no es una discusión puramente filosófica. Por lo menos, no es así a la vista de los líderes palestinos. Cuando los líderes de Hamas, así como Yasser Arafat en su tiempo, declaran que están dispuestos a reconocer el hecho de que Israel existe, pero no su derecho a existir, no están jugando con palabras. Por esa razón, Arafat repetía vez tras vez sus argumentos supuestamente históricos sobre la carencia de conexión entre el Monte del Templo y el pueblo judío. Él sabía bien que una conexión histórica anclada en la tradición judía sería la base para la existencia del Estado de Israel, y sin ella, el estado desaparecería de la misma manera en que "surgió del mar."

La diferencia entre una "identidad israelí" según interpreta Yehoshua y la "identidad judía" es precisamente la diferencia entre el hecho de la existencia y el derecho para la existencia. La diferencia yace entre un grupo de personas quienes viven en un pedazo de tierra y hablan el idioma hebreo, y los descendientes de un pueblo quienes estuvieron dispersos a través de todo el mundo, y han regresado a su tierra histórica.

Si nos desligamos, el cielo no lo quiera, de esa cadena que nos vincula al pueblo judío, si nos desligamos de 3,000 años de judaísmo, si nos separamos del cumplimiento de 2,000 años de esperanza judía para estar "el próximo año en Jerusalén," entonces perdemos de vista nuestro derecho a existir. Y si perdemos de vista ese derecho, estaremos perdidos.

Quizás se sintieron ofendidos los judíos de la Diáspora por los comentarios crudos de Yehoshua, pero nosotros, los judíos en la Tierra de Israel, debemos levantarnos en contra de ello, porque se trata de la verdadera razón para nuestra existencia.

A.B. YEHOSHUA:

Sólo el judío israelí experimenta totalmente su judeidad

El escritor israelí A.B. Yehoshua ha realizado unas controvertidas declaraciones durante el debate organizado con motivo de la celebración del centenario de la fundación Comité Judío Americano (American Jewish Committee o AJC).

Las discusiones giraban alrededor del porvenir del pueblo judío y Yehoshua declaró: "Mi identidad es israelí, la religión judía no juega ningún papel. El territorio y la lengua han forjado mi identidad de israelí". Estas declaraciones sorprendieron negativamente a la audiencia mayoritariamente americana.

La sesión se celebraba en la Biblioteca del Congreso de Washington. Durante su "destacada" intervención, el escritor ha afirmado que en el curso de los últimos cien años "el desarrollo del pueblo judío ha sido un fracaso". Y precisaba, "la identidad se define en función del territorio en el cual el judío evoluciona. Un judío israelí no es semejante a un judío francés e igualmente es diferente de un judío americano. Los judíos de Israel experimentan su judeidad en cada uno de sus actos cotidianos y en cada una de sus interacciones, mientras que los judíos de la Diáspora no experimentan más que parcialmente su judeidad. En esas condiciones, la responsabilidad de asegurar la perennidad de la cultura judía reposa esencialmente sobre las espaldas de los israelíes".

Opinión que no fue demasiado apreciada por los judíos americanos y el resto de los participantes en el debate.

Uno de los intervinientes, el conocido intelectual y periodista judeo-americano, León Wieseltier, de la revista New Republic, reaccionó vivamente a esas declaraciones señalando que el escritor israelí no acordaba al término "judío" la importancia que merecía. Recordó que ese término ya existía y bastante antes de la existencia del estado de Israel. Además señaló que existía una religión judía, una cultura judía, una literatura judía y que existían textos judíos de más de 3000 años. Y concluía, "¿Por que os obstináis en reducirlo al término israelí?".

Ted Koppel animador del debate ha recordado a Yehoshua la contribución aportada por los judíos del mundo entero al mantenimiento del estado de Israel como nación.

Asimismo el director del AJC, David Harris, estimaba que el autor israelí había emitido una "opinión minoritaria, característica del sionismo moderno, según la cual, la Diáspora era marginal y no jugaba ningún papel en el porvenir del pueblo judío."

Por otro lado, ya en Israel, ciertos cronistas se sorprenden de las reacciones negativas en el propio Israel a las declaraciones del escritor.

En el Yediot Aharonot, Darion London, dice comprender la "irritación del auditorio judeo-americano antes sus declaraciones. Pero después de todo, él no ha dicho nada que no forme parte del credo sionista tradicional. El pueblo judío debe romper con la cultura del exilio y acceder al estatus de otros pueblos, cuya identidad se funda sobre la unicidad de la lengua y la independencia política en un país en el que se es dueño de su destino. El sionismo original estimaba que la mayor parte de los judíos que vivían fuera de la tierra de Israel y no participaban en su renacimiento cultural desaparecerían, ya sea por la destrucción, ya sea por la asimilación. La historia de estos últimos doscientos años ha mostrado que ese era efectivamente el caso."

Darion London continuaba "yo he intentado comprender mejor que ha podido molestar con tanto ahínco a la audiencia. Creo haberme acercado a la respuesta: estas gentes están espantadas con la idea de que los judíos de Israel puedan un día estar abandonados en una isla judía perdida en medio del océano. Este temor se alimenta de ciertas presunciones. Primeramente, es la observancia de la halajá quien ha conservado a nuestro pueblo a través de los siglos. En segundo lugar, si el pueblo judío ha mantenido siempre una relación con sus exiliados, esa relación permanecerá siempre. En tercer lugar, si el pueblo judío llega a sobrevivir durante otros milenios, él sobrevivirá eternamente. Y en eso no cree Yehoshua, de ahí la tormenta. Sin embargo en el mundo actual, a pesar de las excepciones, la religión tiende a perder su poder en la estructuración identitaria, y no se ve porque esto no afectaría a la religión judía. Antaño, antes de la realización del sueño sionista, cuando pensábamos que la normalización del pueblo judío pondría final a la judeofobia y cuando teníamos confianza en nuestra capacidad y porvenir, nosotros no teníamos miedo en convertirnos en una isla aislada. Pero hoy, temblamos de miedo y este miedo nos "desazona". Nuestra desviación del sionismo original es debida a las circunstancias que nos han forzado a depender del sostén financiero y político de los judíos de la Diáspora. Pero ya no es más posible apelar a la ayuda de los que no quieren asumir totalmente su relación con nosotros.

El día vendrá, donde nosotros, israelíes, deberemos tener el coraje y la honestidad de decir a los judíos de la Diáspora que su elección de permanecer en el exilio les destina a la desaparición. Durante mucho tiempo nos hemos mentido, a nosotros mismos y a los judíos de la Diáspora, por delicadeza y por interés. Lo problemático, es que demasiados israelíes han terminado por creer realmente en esa mentira y por dudar de los fundamentos de la visión del mundo del sionismo. Nuestro destino de israelíes es el de permanecer solos. Y solos trabajaremos para asegurar la perennidad de nuestro pueblo. Porque no habrá otros judíos en ese país".

